

## **Poniéndole un rostro negro a las agendas policiales**

Les policías Negres no hacen menos antinegro el control policial

Por: Bree Newsome Bass

En medio de las crecientes llamadas en el verano de 2020 para desfinanciar a la policía, una serie de vallas publicitarias aparecieron en Dallas, Atlanta y la ciudad de Nueva York. Cada una tenía las palabras “Sin policía, no hay paz” impresa en letras grandes y en negrita al lado de la imagen de un oficial de la policía Negre. Patrocinadas por un laboratorio de ideas del partido conservador de derecha, las vallas publicitarias encapsulan el sello característico de la moderna propaganda a favor del control policial. La sorprendente elección del lenguaje, una corrupción deliberada del cántico de protesta “sin justicia, no hay paz”, sigue un patrón que vemos con frecuencia en los defensores del estado policial. Cualquier palabra o frase –por ejemplo, “despierta” y “Las vidas Negres importan”– que se hace popular por el movimiento moderno es rápidamente cooptada y reutilizada hasta que queda prácticamente sin sentido. Pero quizás el aspecto más insidioso de la propaganda moderna a favor de la policía se refleja en la elección de hacer que el oficial de la valla publicitaria tuviera el rostro de un hombre negro.

Esto está en consonancia con una narrativa en la cual los defensores de la policía tratan de impulsar regularmente en los medios de comunicación: que el control policial no puede ser racista cuando hay agentes negros en el cuerpo y que el propio cuerpo de policía es una parte integral de las comunidades negras. Cuando Freddie Gray murió bajo la custodia de la policía, los defensores de la policía rápidamente señalaron que tres de los oficiales involucrados eran Negres, lo cual implica que el racismo no podría ser un factor en un caso donde los oficiales eran de la misma raza de la víctima.

Cuando escalé el asta en el capitolio de Carolina del Sur en 2015 y bajé la bandera confederada, muchos se dieron cuenta que fue una oficial Negre a quien se encargó la tarea de elevar la bandera en su asta de nuevo. Cuando un incidente brutal lleva a la ciudad al límite, jefes policiales Negres son exhibidos en pódiums y cámaras para servir como el rostro de la policía racista de los Estados Unidos y para restaurar un sentido del orden. Una de las recomendaciones más frecuentes de los reformistas de la policía consiste en reclutar y promover más oficiales Negres. Esto se basa en un argumento que ha ganado una gran popularidad recientemente en respuesta directa a las protestas en las que se dice que el principal problema con el control policial consiste en una “ruptura de la confianza” entre las fuerzas policiales y las comunidades que ellos han aterrorizado por décadas; la solución,

entonces, es “restaurar la confianza” entre las dos partes mediante el reclutamiento de oficiales que se parezcan a las comunidades que ellos controlan. Imágenes de oficiales de la policía bailando o jugando basquetbol con niños Negres en vecindarios económicamente desfavorecidos son a menudo publicitados como parte de las noticias locales que ayuda a promover esta narrativa –incluso si se descubre que algunos de los oficiales en las fotos tienen sus propios récords de brutalidad y mal comportamiento. Bobby White fue uno de estos oficiales en Gainesville, Florida. Reconocido como el “policía basquetbolista” apareció en varios noticieros promoviendo su organización sin ánimo de lucro que buscaba disminuir las tensiones entre la policía y los jóvenes Negres hasta que apareció en un video golpeando a una joven Negre contra el capó de su patrulla. La idea cobró fuerza tras las numerosas rebeliones urbanas de la década de 1960 y ha experimentado un resurgimiento a raíz del levantamiento de Ferguson de 2014.

Cuando estallaron las protestas en Atlanta en el verano de 2020 en respuesta a los asesinatos de George Floyd, Breonna Taylor y Ahmaud Arbery, la alcaldesa negra, Keisha Lance Bottoms, dio una rueda de prensa acompañada por algunos de los residentes Negres más famosos y ricos de Atlanta.

Juntos les suplicaron a los protestantes que se fueran a sus casas. Poco después, Rayshard Brooks fue asesinado por agentes policiales blancos en Atlanta. Este suceso expuso una división de clase que existe en todas las ciudades del país: el abismo entre la imagen de la opulencia Negra promovida por políticos Negres, la clase media Negra y la realidad vivida por la mayoría de los Negres que residen en estas ciudades, muchos de los cuales enfrentan un desempleo desproporcionado, desplazamiento por la acelerada gentrificación y políticas que satisfacen los intereses corporativos de los blancos. Si la solución al racismo fuera solo una cuestión de escoger unos pocos Negres para que ingresen a instituciones antinegras, veríamos diferentes resultados que los que tenemos ahora. Pero la idea de que podemos resolver el racismo integrando la que es quizás la institución más antinegra de los Estados Unidos –su control policial e industria carcelaria– es la idea más absurda de todas.

Parte de la razón por la que los llamamientos a la desfinanciación de la policía han provocado una gran conmoción en todo el país, provocando la ubicación de vallas publicitarias a favor de la policía y el rechazo de figuras de la clase dirigente negra, es porque llega al corazón del funcionamiento del racismo estructural en Estados Unidos. En un momento en el que la élite negra preferiría medir el progreso por sus propias posiciones de poder y gestos simbólicos como los murales, la presión para desfinanciar a la policía requeriría una confrontación directa con la forma en que el

sistema de supremacía blanca se ha organizado desde el final de la esclavitud –cuando las prisiones sustituyeron a las plantaciones como principal herramienta de control racial. Las acciones que hace un par de décadas se consideraban respuestas adecuadas a la injusticia ahora suenan a hueco para muchos observadores que ven que los Negres siguen siendo asesinados por un sistema que permanece en gran medida inalterado.

Las fuerzas policiales es una de las organizaciones fraternales blancas más antiguas de los Estados Unidos. Las normas sobre quién está facultado para vigilar y quién está sujeto a la vigilancia son fundamentales para la organización del sistema de castas raciales. Incluso en los primeros días de la integración de las fuerzas policiales, a los agentes Negres se les decía a menudo que no podían detener a las personas blancas. La integración de las fuerzas policiales no altera en absoluto su función básica como principales ejecutores del racismo estructural en el día a día, y la presencia de agentes Negres sólo sirve para intentar enmascarar este hecho.

Las fuerzas policiales en América comenzaron como patrullas de esclavos, y su función principal ha sido siempre actuar al servicio de la clase propietaria blanca y su producción capitalista. En un siglo, esto ha significado el control policial y la vigilancia de esclavizados Negres, con el agravante de usar la violencia en contra de las personas Negres libres; de otro lado, ha involucrado ejercer mano dura contra el trabajo organizado para el beneficio de los capitalistas blancos. Recibir una placa y unirse a las fuerzas policiales ha sido el punto de entrada a la masculinidad blanca para muchos inmigrantes europeos –lo cual les provee un sentido de pertenencia y superioridad cuando ellos han sido tradicionalmente parte del campesinado más que de la clase propietaria blanca.

Ese espíritu de la fraternidad blanca permanece profundamente vinculado en la cultura del control policial y sus sindicatos, a pesar de esta nueva ola de jefes de policía Negres y voceros en los medios de comunicación. Las fuerzas policiales se sindicalizaron al mismo tiempo que otros empleados públicos buscaron derechos de negociación colectiva –sin embargo, bajo el capitalismo, su rol como mantenedores de las relaciones raza-propiedad sigue siendo el mismo. La regla más fundamental de la raza establecida bajo la esclavitud era que los negros eran el equivalente de la propiedad de los blancos (si es que no se les consideraba menos que una propiedad). Esta relación entre raza y propiedad se hace más patente durante los periodos de rebelión abierta contra el estado policial, en los que se despliega a los agentes para que utilicen la fuerza letal en aras de proteger la propiedad inanimada. Vemos que se imponen castigos más rápidos y severos a los que destrazan los coches de policía que a los policías que agreden y matan a los

Negres. (Esta es una de las principales razones por las que la conferencia de prensa en Atlanta con T.I. y Killer Mike pareció clasista y fuera de contacto con la experiencia mayoritaria de los Negres).

Este mismo patrón se extiende a todo el estado carcelario. Aproximadamente una cuarta parte de los alguaciles, oficiales de las prisiones y carceleros son Negres, pero no hay ningún indicio de que la diversificación del personal de una institución racista se traduzca en menos violencia y muerte para quienes están reclusos en ella. Esto se debe a que la institución sigue funcionando como fue diseñada. No está “rota”, como les gusta decir a los reformistas. La falacia está en creer que la función de la policía y de las prisiones es aplicar el castigo y la justicia de manera equitativa y no servir, ante todo, como medio para mantener la jerarquía de raza, género y clase de una sociedad opresiva.

Creer que el sistema está “roto” en lugar de considerar que funciona exactamente como se pretende requiere una cierta adhesión a ideas antinegras y supremacistas blancas. Se tiene que ignorar la violencia rampante, el fraude y el robo cometido por algunas de las figuras más poderosas en la sociedad con pocas consecuencias legales mientras una cantidad masiva de recursos se dedican a la hipervigilancia de los pobres por infracciones menores como violaciones a la propiedad privada, hurto en tiendas y saltarse los torniquetes en las estaciones del metro.

La era Trump ha proporcionado algunos de los ejemplos más crudos de esta dinámica. A lo largo de la presidencia de Trump, este y sus asociados han podido infringir la ley y violar la Constitución –incluidos crímenes documentados contra la humanidad– a la vista del público mientras él se proclamaba defensor de la ley y el orden. Las celebridades adineradas involucradas en el escándalo de sobornos en las admisiones universitarias se han librado con un tirón de orejas por orquestar un esquema multimillonario mientras docenas de oficiales de la policía de Nueva York (NYDP por sus siglas en inglés) rodeaban a una adolescente Negra, con las armas desenfundadas, por el “crimen” de no pagar 2,75 dólares por un viaje en metro.

La propaganda que muestra este tipo de control policial como esencial para la seguridad pública y el orden es fundamentalmente clasista y antinegra. Tiene sus raíces en los Códigos Negros que se aprobaron inmediatamente después de la Guerra Civil para controlar los movimientos de los Negres recién liberados. Se basa en la suposición racista de que los Negres se saldrían de control y supondrían una amenaza para el conjunto de la sociedad si no se les mantiene bajo la vigilancia constante de una fuerza policial que tiene autoridad para asesinarlos si lo consideran necesario, con un amplio espectro de impunidad. Por eso se nos inunda

con una narrativa que describe al agente de policía que regularmente patrulla las comunidades predominantemente negras como parte esencial del mantenimiento del orden en la sociedad.

Uno de los principales argumentos en contra de las solicitudes para desfinanciar y abolir la policía es que las comunidades negras no tendrían forma de mantener la paz y el orden, y que se produciría un estado de caos. En los barrios más ricos, si hay algún policía, lo más probable es que esté situado junto a una puerta en la parte más alta del barrio para controlar quién entra. Mientras tanto, el policía asignado a la comunidad predominantemente negra está allí para vigilar a los propios residentes y asegurarse de que se mantienen en su lugar designado dentro de la ciudad o pueblo.

La actual división política sobre este tema se sitúa exactamente en esta línea, separando a los que piensan que el sistema necesita simplemente una reforma y los que definen correctamente que el problema es el propio sistema. La realidad es que las personas Negres se sitúan en ambos lados de esta división, por lo cual nosotros vemos muchos oficiales de policía Negres uniformados peleando por una agenda reformista incluso cuando a cada reforma que ellos proponen, se oponen rotundamente los poderosos, sindicatos policiales mayoritariamente blancos y la mayoría de sus bases. Los reformistas siguen empeñados en preservar el sistema existente, aunque la idea de reformarlo para que sea lo contrario de lo que fue diseñado es una teoría no probada que no es más realista que la idea de abolir la policía por completo.

La pregunta más importante permanece: ¿en primer lugar, por qué estamos buscando integrar y reformar las manifestaciones modernas de los agentes esclavistas y las plantaciones? En Mississippi y Luisiana, las penitenciarias estatales son plantaciones reconvertidas. ¿Qué es una plantación reformada y cuál es su finalidad?

Debemos recordar que lo que muchos llaman “reformas” no es algo nuevo. Durante todo el tiempo que existieron los sistemas de plantación y de esclavitud, también existieron dueños de esclavos Negres, supervisores Negres y esclavistas Negres quienes participaron y se beneficiaron de las operaciones diarias de la supremacía blanca. La presencia de estas pocas personas Negres en posiciones de poder no hicieron nada para cambiar las condiciones materiales de las millones de personas esclavizadas en ese entonces. Y no tiene mucho sentido pensar que esto significa un cambio en las condiciones materiales de las personas Negres hoy en día.